

LOS SÍMBOLOS DEL AGUA A LA LUZ DE DOÑANA LOS SIETE ESPEJOS DE LAS MARISMAS

Juan DRAGO

A José M^a Pérez de Ayala

Lo que sin duda me hizo escribir las páginas que siguen a esta introducción fue la iniciativa de realizar, junto con el pintor Juan Manuel Núñez, el fotógrafo Manuel Parrales y el poeta Antonio Ramírez, una obra multidisciplinar sobre los interiores del paisaje de Doñana. Podría afirmar que son fruto de nuestro trabajo de campo a lo largo y ancho de esta geografía salvaje y prodigiosa, y, sin embargo, no se circunscriben exclusivamente a las vivencias de los últimos años, pues en las páginas que siguen están concentradas las observaciones y experiencias de un poeta que siempre sintió debilidad por su paisaje, que nunca abandonó y por el que, en todo momento, se supo protegido. Son en definitiva la suma de la mirada inaugural de un niño, la enamorada de un adolescente y la nostálgica de un ser si no maduro, consciente sí de su decadencia física. Este soberbio y joven paisaje ha supuesto desde siempre para mí un campo de espejos en el que he visto pasar, inerte, el río pleno de luces y sombras de mi vida. Doñana y su entorno son el juego dramático de una sucesión de espejos con los que el sol, el viento, y la rotación de los astros juegan modificándolos. Mi recuerdo está lleno de los reflejos y penumbras de ese viaje astral que mis ojos de poeta han contemplado siempre sobrecogido. Cada mirada ha sido teñida por un temblor diferente. Hay cristales fríos que sólo devuelven la dura silueta asomada, sin alma, y hay espejos que encienden la mirada haciéndola fecundar. Estos que siguen son los espejos llenos de sentido que hallé en las tierras de Doñana y las que las circundan:

1

Espejos fluyentes

(Guadalquivir)

¿Quién no recuerda los instantes previos a la lluvia? El sol desaparece con discreción. Una gama de grises a lomos de nubes ágiles y veloces dibujan un cielo impuro y próximo. Las aves vuelan a refugiarse en la vegetación castigada por el estío. Los árboles tiemblan en un ir y venir de enveses en medio de un viento circular,

renovador. Instantes después se produce un silencio delator barrido por un estremecimiento. Es como un parpadeo de la naturaleza que encierra una mutación. Las primeras gotas llegan en avanzada mensajera. La piel de la tierra sabe entre los ojos que observan que la lluvia es inevitable. Un son inconfundible y el olor de lo húmedo doblegan el imperio del polvo. Mientras cae, sentimos que el agua está renaciendo con una música ancestral, que en las primeras trenzas de los regatos suena una promesa de vida. Es el mismo cielo abrazando la tierra, fecundándola con verdes promesas y cristales umbríos.

El sonido de los arroyos hace hablar las vaguadas con ímpetu al principio, más tarde con una prolongada dulzura que cala en las jeringas de los pájaros y el silencio reflexivo de los hombres. El habla humana es una fluencia - dice Bachelard - “ hay continuidad entre la palabra del agua y la palabra humana (...) el lenguaje humano tiene una liquidez, un caudal en su conjunto...” La voz del viento es estremecedora, masculina, la del agua es cautivadora, femenina. Un arroyo es siempre una promesa, va cargado de futuro, porta la llave de la simiente, el renuevo de la savia que abrirá las formas en armonía con el fuego solar y el aire. Un afluente, un río, detienen el tiempo de quienes lo contemplan, imponen sus propios *tempos*.

El Guadalquivir, por Doñana, es un espejo fluyente. Sus riberas, llenas de sal, albergan una claridad prodigiosa que penetra en las criaturas que las pueblan. Nadie que haya sentido esa luz la olvidará porque los seres notan que sus límites individuales se difuminan y enlazan con el lácteo resplandor que envuelve el río. Aguas que se imbrican con las del océano produciendo una ebriedad de colores y olores trasegados, en el planetario ir y venir de la corriente.

Sanlúcar es una perla humanizada en la otra orilla, tiene todas las luces, las del espejo fluyente del estuario, las inconmensurables del espejo convexo del Atlántico, las de los arenales ganados al mar, encendidos por soles largos. Los ojos que ven entrar el río en la cadencia abierta del océano saben que aquellas aguas regresarán renovadas en la lluvia de un vuelo de claridades.

Espejos abiertos

(Lagunas y lucios)

Cuando, tras varios meses de lluvia, el agua entra en Doñana, su territorio se cubre de una sucesión de espejos abiertos. Las lagunas de Santa Olalla, los Pájaros, el Sopotón, Dulce, encierran entonces las aguas profundas, verdeazuleantes, que recogen la gradación luminosa de cada hora. Aves, tortugas, álamos, insectos, conocen sus luces, la humedad de sus límites cuando tiemblan en brazos de una brisa. Cada una, con su forma viva de aguas, encierra un microuniverso propio. Dibujan un territorio de alas, hojas, sonidos, sombras mojadas, claridades, corazones y frutos. Cuando el verano seca los lucios dispersos, ellas se recogen en sus leves profundidades milagrosamente vivas aún, ofrecen la fidelidad de sus cuencos a las criaturas que no emigraron. Cuando los ánsares regresan del norte las lagunas esperan abiertas entre la desolación dunar. A los animales que se quedan los acunan, los acompaña hasta la primavera. Sus espejos besan con fidelidad el hocico de cada criatura devolviéndole el dibujo de su rostro, entregando a sus ojos dulces sombras de agua, frescura a la piel ávida de los jabalíes.

En cambio los lucios y las madres son más efímeros y ariscos. Cuando un lucio como el Membrillo se llena con las lluvias el cielo baja a él con la fertilidad de sus aves y su transparencia. Es el mismo cielo recostado en la planicie. Garritas y picos lo penetran en una danza veloz, vital. Mientras los largos soles van lamiendo el Membrillo el somormujo entra hasta su fondo por un bocado de vida. Ver el Membrillo al fondo del pinar es encontrar la propia piel del cielo echada. Quién recuerda entonces la otra piel de su fondo, devastada y cenicienta, su otra luz estival que irradia como un espejo cósmico. Su claridad excede la contemplación humana. Parece hecha para los ojos de las águilas y las pupilas de los dioses mismos.

Mari López, los Ánsares, Vetallengua, Caballero, Aguas Rubias... son los cristales abiertos y celestes donde la vida encuentra su fluidez amniótica. Espejos que, medidos por un reloj geológico, son tan breves como las alas de las mariposas. Más tarde permanecerán desbordados, risueños, en la memoria oculta de los carriceros y el corazón de los venados, que los esperan al cabo de las grandes lluvias esquivas.

Espejos imaginarios

(Marismas de Hinojos)

Hay largos años en que las aguas se ausentan de forma dramática de Doñana. El polvo marismeño en manos de los vientos cubre con ásperos velos palmas, armajos, tupidos islotes de lentiscos. La planicie es una monotonía ocre rota sólo en la lejanía por manchas aisladas de acebuches, pinos o alcornoques, o las motas de blancura de unas casas diseminadas. El agua se refugia en los contados pozos o en el reducto húmedo del Hondón. El espacio sin límite aparente es entonces un lago de luces y flamas, sucesión de claridades que arden con llamas invisibles deformando las siluetas del ganado remoto, el temblor cansino de los huidizos venados o el lomo dorado de las dunas en el horizonte. Si aguzas la vista ves los cuerpos difusos agitados por la calima, como si ardieran a la vez seres imaginarios y reales envueltos en sierpes invisibles. Si la transparencia lo permite Gibalbín nos ofrenda la soledad lejanísima de sus cumbres como único contrapunto. El fondo desértico de cada lucio muestra, desde la distancia, una engañosa apariencia mojada. Todos los caminos son franqueados por la desolación, por la quimera de cada brisa. Largos soles soberbios se demoran en cada brizna, cada célula, con dolorosa insistencia, impregnando de laxitud los músculos, las miradas, perdidas en una sucesión de reflejos e inverosimilitudes.

Sólo las rapaces parecen hechas para regir, a lomos de las térmicas, sobre la devastación del suelo. La mirada de un águila es un prodigio de escrutación y soberanía. Un águila en el cielo señala los vértices de su territorio, sus ojos están siempre midiendo con extensas varas de hambre, de pervivencia física, el rostro de la tierra.

El hombre, entre los espejos imaginarios, es confundido por la dispersión y el desasosiego, es un ser con las raíces al aire que busca sombra donde reposar, donde tratar de llenar su odre de humanidad, siempre en peligro de ser disuelto por la luz en suspensión y sus espejismos.

El espejo interior

(La noche)

Entre el día y la noche hay una escala de luces, sonidos y colores, hasta de tacto. Qué animal desconoce cuándo recogerse, cuándo la luz hace un leve guiño porque el sol se va dejando acariciar por las retinas hasta convertirse en el rosetón de la cúpula del cielo. Las alas del chamariz, de la collalba, del mirlo, destejan los espacios del hambre y sabiamente vuelven a la rama exacta, mientras el cielo muda del dorado al rojo, al ceniza. Cordones de ánsares siguen la pestaña de la noche volando bajo, sonando como un centenar de banderas hacia sus lechos de agua. Qué jilguero no regresó a su lentisco, que torcaz no alcanzó su pino intacto antes de que el primer lucero comience a abrir la granada de cuarzo de la noche.

Hasta la mar tiene una queja en su romper, mientras su espuma ha ardidido con todos los cielos del crepúsculo. La ausencia del sol ha dejado sobre el horizonte unas columnas verdes, hay plata dulce meciéndose con las aguas, tocadas por las sombras últimas de las pagazas. Qué medusa no se ha estremecido entre la oscuridad naciente, llena de ascuas, qué cinta de alga no se ha perdido de sí en el balanceo, en la cadencia oscura del fondo. La noche lo ata todo con sus manos serenas, cierra los párpados del día, acalla las siringes del crepúsculo para abrir sus propios sonos. Los emisarios de la noche se tocan con sus sonidos más allá de los corazones que duermen entre el follaje, por encima de los lomos de los que pastan con el hocico titilando de rocío. La noche ata todos los espejos con una gavilla negra, es un espejo que no engaña. Una piedra, una mata, un camino, un lince son también la noche misma. Como los peces son mecidos por el mar o las aves por el viento, así hasta el mar y el viento son la noche entera, rota sólo por el dibujo de los astros.

También los astros son envueltos por la noche misma. Una galaxia hiende el firmamento con sus manos de helio como un buque de luz en la umbría infinita. Orión es un estuche luminoso guardado por las oscuras manos de la infinitud. Las alas de un caballito del diablo son traspasadas por la misma oscuridad, hasta las pupilas de los zorros sobre las dunas cuando escuchan cantar el mar bajo la luna llena. Sólo el azul argénteo de los astros puede tratar caminos en la noche, mientras las naves del sueño navegan entregadas hasta la aurora humedecidas por el rocío.

5

Espejos oscuros

(Arroyo de la Rocina)

El arroyo de la Rocina es una sucesión de espejos oscuros. Las lluvias de la campiña duermen entre sus orillas plenas de sauces, alisos, tilos, y madroños por donde trepan las zarzas persiguiendo las luces de las altas copas. Helechos, moguerizas, lirios y florecillas envuelven los senderos que lo orillean en dirección al Acebrón, hasta la boca misma de la Canariega. Aquella vegetación de ribera, durante siglos, ha oscurecido las aguas con los restos orgánicos de cada otoño. Sólo con tenacidad se logra abrir camino entre ramas y trepadoras hasta el agua. La corriente es imperceptible. Las aves trazan sus territorios con cantos profundos. Serpientes de agua escriben sinuosamente en la faz de sus espejos caminos misteriosos. Los peces sorteán los fustes del ranúnculo o se detienen entre los tallos de lirios amarillos. La Rocina es el túmulo de un río antiguo y poderoso, un brazo espléndido que daba al lago Ligustino su cuadal. Quien contempla sus aguas puede intuir la memoria viva del río yacente. Muerte y vida se abrazan en sus riberas. Bajo la oscuridad de sus espejos late el tiempo adormecido con respiración sobrehumana. El silencio parece decir que todo cuanto fue permanece envuelto por las sombras del fondo, aguardando la imaginación que lo despierte con una mirada luminosa y renovadora. “... Los muertos duermen todos / al menos durante tanto tiempo como llora el Amor.” Algo de lo que fue está en el aire de allí como una presencia intangible, es el otro río misterioso de la memoria acostado bajo las aguas en una espera indefinida. Sobre los espejos oscuros de la Rocina la luz ha izado un templo vegetal, un estuche longuilíneo de múltiples verdes que buscan la celestía, lecho donde las raíces beben entre mansas arenas, mojadas de silencio.

El espejo yacente

(Lago Ligustino)

Bajo los aluviones de las marismas yace oculto de los soles un lago inmenso. El suelo marismeño se asemeja a la armadura, dañada por el paso del tiempo, del torso de un doncel cósmico, en cuyo interior yace oculto el pasado. Su silencio lleva un secreto que navega, al margen de la mirada humana, hasta el Tercer Milenio. En tiempos de Estrabón el lago Ligustino aún se agitaba abierto a los celajes y las brisas, surcado por los pescadores romanos afincados en el Cerro del Trigo. Fundidores de metales poblaban sus orillas a la espera de clientes venidos del Mediterráneo. En épocas remotas los Tartessos vivían en sus orillas de la pesca y la aleación de los metales arrancados a las estribaciones de Sierra Morena. Eran otras luces, otros dioses. Las corrientes de dos milenios lo fueron sepultando, cegándolos de la memoria de los hombres que, a lomos de otras civilizaciones, lo vieron agonizar. Las aves que, de generación en generación, llegaban desde el norte de Europa, lo vieron cerrarse poco a poco entre las manos del silencio. Hoy el Ligustino no es más que una palabra cargada de misterio, un espejo yacente guardado por el viento y las corrientes de las luces del sur, un inmenso poema en una lengua detenida, sin labios ni frentes que la conserven. Sobre la armadura de aluvión y dunas que lo ocultan, pájaros y ganados se perpetúan por la escala de los solsticios. Los dioses han huido dejando sus huellas en el paisaje. Contados hombres saben que bajo sus pies, mezclados con el polvo, late aún la memoria de su corazón, que un día meció en sus aguas nocturnas el dibujo esplendoroso de la Vía Láctea.

Al acercarnos a los *ojos* de las marismas encontramos las llagas por donde afloran sus aguas a las claridades del sur. En el cieno de cada *ojo* late un espejo opaco por donde respira el viejo lago preso de su larga noche geológica. Sólo los cristales de la lluvia lo penetran, cargadas de rumor celeste y el temblor abierto del espejo convexo del océano Atlántico.

El espejo convexo

(El mar)

Hay un espejo que todo lo guarda. A él van los ríos heridos de muerte hendiendo entre sales el ariete de sus dulces venas hasta la fusión, el anonadamiento. Los ríos dejan en su masa un rastro orgánico, la memoria de un itinerario fecundo. El río pasa y queda para quien lo contempla, se eterniza en la muerte de su corriente, en las fibras de su espejo fluyente. El río es como algunos hombres y es todos los hombres. En cambio hay un espejo que lo recoge todo en su convexidad para hablar con el cosmos y, al mismo tiempo, en la entraña de su concavidad, para reflexionar consigo mismo. Su superficie refleja el sol y se queda con la luz precisa para dar la vida, que es el milagro entre una estrella y el vacío. El mar acompaña a la Tierra con una danza circular por las veredas de la Vía Láctea. No hay otro son como el de las olas. Escuchar las rompientes del mar es oír la eternidad herida de tiempo. Canta el océano prisionero con una voz que excede nuestro destino. La rotación lo embriaga y la gravedad lo hace lúcido. Su rostro engendra serenidad o desata turbulencia. Las sombras de los ríos atraviesan los fondos oceánicos dibujando caminos que nadie conoce, se tocan y anudan en las entrañas de los abismos. Más tarde renacen en las lluvias como las orugas en las alas de sus mariposas. Cuando las aguas ascienden hechas savia por el interior de los árboles la sombra del mar surca también las ramas para fundirse con la luz.

Hay un espejo planetario que a todo aguarda. Celeste y manso, en su convexidad invita a la serenidad abierta. Bajo los pies de los niños se hace espuma de niños, ante la mirada de los melancólicos dibuja la curva indescriptible de la melancolía. Su música se expande por los continentes fiel y distinta, engendrada para el gozo sombrío de los seres transparentes. Cuando el mar se hiela, los dedos del viento se dejan vencer por un silencio astral. Por las estatuas que duermen en su fondo, el vidrio, por los metales que acuna, el tiempo pasa sumiso a través del corazón de las tortugas. Los dioses escriben en las playas con renglones de salitre entre las pulgas de agua. Es en medio de la noche cuando el océano entra en lucha consigo mismo. *Solitario, distorsiona el mar sus fibras; parece hervir, volcar la porcelana diurna contra su fondo, poner en tela de juicio su ser entero. Sus estremecimientos, su dislocación completa giran a la deriva. Sin duda borra el mar de sus espaldas los sueños del día.*

El océano es un espejo hecho a la medida del sol. Los hombres que se acercan a mirarlo saben que en sus entrañas sus historias carecen de sentido o se diluyen en el sentido común de la eternidad abierta.